

VIETNAM: Tumba de un acuerdo y de un ejército "invencible"

PARA el chileno corriente que lee cotidianamente en los cables de las agencias extranjeras las victorias yanquis en el Vietnam del Sur, resulta incomprensible cómo es que Estados Unidos no ha ganado esa guerra. Porque lo cierto es que no hay día en que "la situación es muy estimuladora y ha mejorado visiblemente" o que "las tropas norteamericanas han recuperado la iniciativa en el campo de batalla", o que "los vietcongs han sido obligados a dispersar sus fuerzas y volver a las pequeñas actividades guerrilleras". Son frases clisés que, a fuerza de ser repetidas han perdido su acento de convicción. La realidad, en cambio, muestra lo contrario. Ni el ejército de liberación ni los guerrilleros del Sur han sido derrotados ni han perdido la iniciativa. Los golpes se suceden todos los días: tanto a las fuerzas yanquis en operaciones de "limpieza" como a las parapetadas en las poderosas bases norteamericanas de Vietnam del Sur.

Tan pronto estalla una bomba en un hotel o en un bar lleno de americanos en Saigón, como hace explosión otra cerca de la bien protegida embajada norteamericana; o la base Pleiku se convierte en un infierno bajo el ataque sorpresivo de una batería de morteros montada a escasos metros del campamento; o cae aniquilada una patrulla de fuerzas especiales en una emboscada.

Wilson, un soldado yanqui, escribió a su madre residente en la ciudad de Wichita: "Juro ante Dios que esto es peor que el infierno mismo". Un mercenario australiano confesó a sus amigos: "Aquí cada matorral vomita fuego". El mayor A. Berwick ante una ofensiva guerrillera en Plei Me, clamó: "Si yo tuviera cien hombres como éstos, barrería con este país". Y en las columnas del "New York Times", Walter Lippmann llegó a la conclusión de que "los norteamericanos no podemos ganar esta guerra".

¿Qué tiene el Vietnam y qué los vietnamitas guerrilleros, que han obligado a aumentar los 200.000 soldados norteamericanos que comenzaron su intervención en junio de 1954, a 320.000 en octubre de 1966, sin contar 635.000 soldados títeres, 21.000 mercenarios coreanos, 1.200 australianos, 200 neozelandeses, 3.000 aviones de diversos tipos (excluidos los B-52 con base en Guam), la Séptima Flota (el poder naval más grande conocido en toda la historia del mundo) y una artillería motorizada que cuenta con los cañones ultrarrápidos más modernos?

¿Qué dirían los santiaguinos si todas las mañanas, al desayuno, la prensa les brindara

las siguientes noticias: ataque enemigo en el sector de San Bernardo; bombardeo de Renca por nuestra aviación; combates de patrullas en Tobalaba y una emboscada mortífera en La Palmilla? Y la realidad para los habitantes de Saigón es esa, si calcáramos sobre el mapa de Santiago la carta militar de la capital del Vietnam del Sur. Una guerra a la puerta, a pesar de tener en casa a la primera potencia militar del mundo, que gana victorias cablegráficas, día a día.

Y tal como se engaña a la opinión pública,



DE LA REVISTA "Newsweek": "Por el amor de Dios, cesen el fuego..." (Foto de la derrota yanqui en la batalla de Ala Blanca).

en las operaciones militares hay también otro monstruoso engaño para justificar una intervención armada que va contra los acuerdos que se firmaron en Ginebra en 1954, después de la victoria de Dien Bien Phu, donde cayó derrotado el colonialismo francés. Estados Unidos concurrió a la firma de esos acuerdos, pero sistemáticamente los ha violado uno a uno.

En esa ocasión el delegado norteamericano, W. Bedel Smith, declaró solemnemente: "El Gobierno de Estados Unidos, resuelto a consagrar sus esfuerzos al mantenimiento de la paz... Declara, en lo que concierne a los acuerdos y párrafos abajo mencionados (acuerdos de Ginebra de 1954 sobre Vietnam):

1.—...“que se abstendrá de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza para perturbarlos...”

2.—...“y que considerará cualquier repetición de la agresión en violación de dichos acuerdos como causa de grave inquietud para él y como seria amenaza para la paz y la seguridad internacionales...”

El 21 de julio de 1954, es decir, un día después de la firma de los acuerdos, Eisenhower, Presidente de EE. UU., declaró:

“...los EE. UU. no han sido parte de las decisiones tomadas en la Conferencia y no se han comprometido con ellas...”

“Los acuerdos contienen elementos que no nos gustan y mucho dependen de cómo se apunquen en la práctica...”

“Los Estados Unidos persiguen activamente sostener discusiones con otras naciones libres, con vistas a una rápida organización de una defensa colectiva en Asia suroriental con objeto de evitar nuevas agresiones comunistas, directas o indirectas, en esa parte del mundo”.

El 23 de julio de 1954, tres días después de la firma de los acuerdos, J. F. Dulles, Secretario de Estado de EE. UU., declaró en conferencia de prensa:

“Lo importante ahora no es deplorar el pasado sino aprovechar las oportunidades futuras para impedir que la pérdida de Vietnam del Norte abra el camino a la expansión del comunismo a través del sudeste asiático y el sudoeste del Pacífico”. El 6 de agosto de 1964, Dulles agregó ante la Comisión Senatorial de Apropiaciones: “Confío en que una línea de defensa anticomunista podrá ser trazada y que pasará al norte de la ciudad de Hue y protegerá a Camboya y Vietnam del Sur al sur del paralelo 17”.

LOS HECHOS

El punto 12 de la Declaración Final de la Conferencia de Ginebra estipula:

“En sus relaciones con Camboya, Laos y Vietnam, cada uno de los participantes en la Conferencia de Ginebra se compromete a respetar la soberanía, independencia, unidad e integridad de los Estados arriba mencionados, y a abstenerse de toda interferencia en sus asuntos internos”.

Pero: 1) En septiembre de 1954, dos meses después de Ginebra, EE. UU. y sus aliados, reunidos en la Conferencia de Manila, decidieron formar el bloque de alianza militar del sudeste asiático (OTASO) y designar a Vietnam como parte de la zona de protección de ese bloque;

2) En marzo de 1956, bajo los “consejos” de los norteamericanos, Ngo Din Dhiem organizó elecciones separadas con vistas a crear en el sur de Vietnam un estado distinto, dividir al país y oponer al Sur contra el Norte;

3) A través de la ayuda militar y económica (seis mil millones de dólares) EE. UU. ha tenido en sus manos al ejército y la administración de Vietnam del Sur;

4) Desde febrero de 1965, sin ninguna razón valedera, EE. UU. ha provocado una guerra aérea de destrucción contra la República Democrática de Vietnam, un país soberano.

Y TODAVIA HAY MAS

El artículo 16 de los acuerdos de Ginebra estipula: “...la introducción en Vietnam de cualesquiera refuerzos de tropa y personal militar queda prohibida...”

Pero los norteamericanos tienen en estos momentos más de 350.000 hombres armados en ese territorio.

El artículo 17 de los acuerdos de Ginebra estipula: “...queda prohibida la introducción en Vietnam de todo refuerzo de cualesquiera tipos de armamentos, municiones y otros materiales de guerra como: aviones de combate, unidades de la Marina de Guerra, piezas de artillería, aparatos y armas a reacción, equipos blindados...”

Pero los norteamericanos han transformado Vietnam del Sur en un centro de pruebas para sus armas. Han utilizado allí sus armas más modernas, excepto las bombas A y H. Han llevado su crimen hasta utilizar armas prohibidas, tales como el gas, los productos químicos tóxicos, las armas bacteriológicas, etcétera.

En 1965 (junio) cuando aparecieron los B-52, no efectuaban sino un bombardeo mensual; hoy hasta cinco bombardeos diarios. En 1961, cuando comenzaron a rociar con productos químicos tóxicos el Vietnam del Sur, el número de poblaciones afectadas promediaba tres o cuatro. En diciembre pasado, en veinticuatro días, rociaron productos químicos ochenta veces seguidas sobre más de 50 aldeas, afectando 20.000 hectáreas de cultivo y a más de 46.000 personas.

Los artículos 18 y 19 de Ginebra estipulan: “...queda prohibida en todo el territorio de Vietnam la creación de nuevas bases militares”... “Ninguna base militar perteneciente a un Estado extranjero podrá ser establecida en las zonas de reagrupamiento de las dos partes...”

Pero de seis en 1954, administradas por los franceses, el número de bases militares y aéreas administradas ahora por los norteamericanos en Vietnam del Sur, subieron a 170 en mayo de 1966. Tres de ellas (Tan Son Nhat, Bien Hoa y Da Nang) son gigantescas y sirven a aviones a chorro de gran tonelaje. Las bases navales construidas en menos de dos años, son Nha Trang, Cam Ranh, Quy Nhon, Phu Quoc, Chua Lai, Vung Ro, Dayot y Thuan An. Además, son incontables los caminos estratégicos que enlazan las bases aéreas con las navales y los centros militares. En suma, Vietnam del Sur es ahora una enorme base militar norteamericana apuntada sobre el sudeste asiático, contra los países socialistas y contra la paz mundial.

LA GUERRILLA: Sus jefes, su programa y su organización

“YO tomé conciencia bastante tarde de mis deberes frente a mi patria. Durante largo tiempo, bajo el régimen colonial, mis sentimientos patrióticos estaban adormecidos, en razón de las complacencias que los colonialistas tenían para nuestro grupo de intelectuales”.

Quien expresa así su autocritica ante un Congreso del Frente de Liberación Nacional, en alguna parte de un bosque al norte de Tayminh, es el presidente del Frente, el jefe oficial de los vietcongs: Nguyen Huu Tho. De cincuenta años de edad, mirada jovial, el que fuera uno de los más brillantes abogados de los tribunales de Saigón, habla francés con acento meridional: fue en Aix, en Provençe, que hizo sus estudios de derecho.

Este intelectual burgués encontró su camino el día en que viajando en automóvil a través de los campos cochinchinos, fue detenido por el Vietminh, antes de 1954, durante la primera guerra de Indochina. Esperaba ser castigado por su “colaboración” con el régimen de Saigón. Su sorpresa fue grande al verse tratado con indulgencia y acogido como un hijo pródigo al que se le explican sus errores. Se quedó algún tiempo con las guerrillas, descubrió la “resistencia”, la comenzó a admirar y a sentirse culpable de no haber hecho nada para servir a su patria.

“Mirándome a mí mismo —contó más tarde— me sentí avergonzado y tomé la decisión de participar en la lucha, aunque entonces no tuviera todavía conciencia de ninguna doctrina política”.

Cuando Nguyen Huu Tho volvió a Saigón, fue para adherirse al Movimiento de la Paz, del cual llegó a ser vicepresidente para el Vietnam del Sur. Detenido bajo el régimen de Ngo Din Dhiem, fue rescatado por un comando de guerrilleros en 1961 y llevado a la guerrilla. Se le eligió presidente del Frente de Liberación.

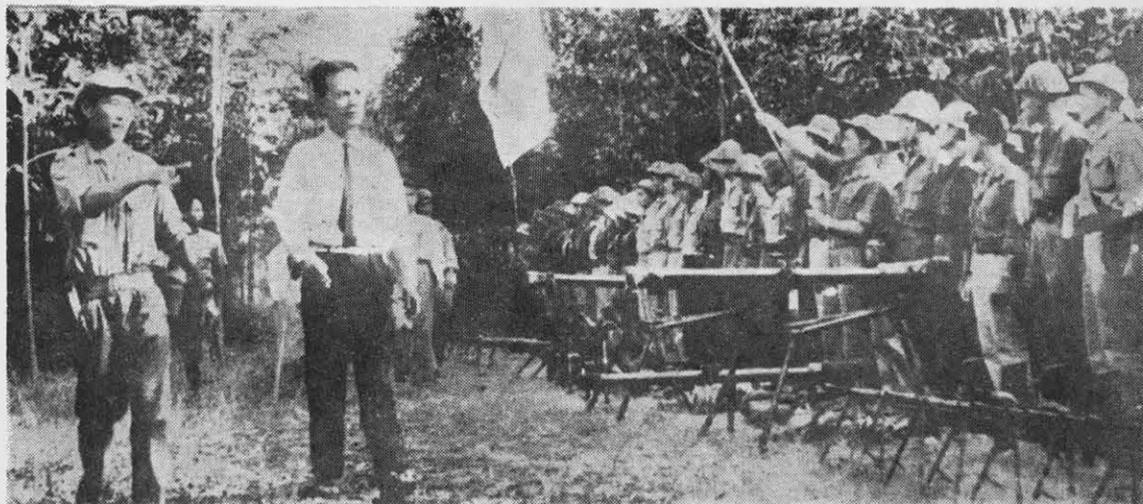
Su origen burgués y el hecho de no pertenecer al Partido Comunista han asegurado a todos aquellos que tenían que el Vietcong tuviera un matiz político demasiado teñido.

Este aparece como un movimiento revolucionario y progresista donde los “burgueses patriotas” puedan encontrar una ubicación. Las estructuras del FLN son las clásicas de un “Frente Nacional”.

El Comité Central con su presidium, las filiales especializadas (organizaciones de mujeres, trabajadores, intelectuales, etc.), la representación metódica de las minorías étnicas y de las confesiones religiosas, el vocabulario oficial, la enseñanza revolucionaria que se dispensa en las zonas liberadas, el control riguroso sobre las religiones, son los signos exteriores que recuerdan exactamente al Frente Vietminh de antes de 1954, cuando no se hablaba todavía de construir el socialismo en el Vietnam del Norte.

Sin embargo, los puestos más visibles son confiados casi sistemáticamente a no-comunistas. Así el secretario general del FLN es un arquitecto de unos cincuenta años, **Huyenh Than Phat**, quien representa en el Comité Central al Partido Demócrata. El principal representante del Frente en el exterior, con residencia en Praga, es un antiguo profesor de periodismo, **Nguyen Van Hieu**, 42 años, líder del Partido Socialista Radical.

De los cinco vicepresidentes del Comité Central, uno sólo es comunista; **Vo Chi Cong**, un viejo militante revolucionario. Pero el predominio numérico de los comunistas aparece en todos los cuerpos intermedios en la proporción de más o menos dos por tres.



EL ABOGADO NGUYEN HUU THO, Presidente del Comité Central del Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur, pasa revista a una unidad del Ejército de Liberación.

Los cuadros marxistas que militan en el Frente, pertenecen a la rama sudvietnamita del Partido Comunista Indochino, el cual jamás ha interrumpido su actividad, aun en los peores momentos. La cabeza está en Hanoi, y desde 1930 el líder es Ho Chi Minh. Se trata, en cierto modo, de un movimiento federativo que tiene sus filiales norvietnamita (el Partido Lao-Dong o Partido del Trabajo), survietnamita (el Partido Popular Revolucionario, miembro y principal animador del FLN), laosiana (el Neo-Lao Haksat) y cambodiana (el Partido Pracheachon o Partido del Pueblo).

Evidentemente, el partido norvietnamita coordina todo el conjunto. La relación ideológica con los comunistas del Sur es cosa fácil, y cuando los servicios de información norteamericanos multiplican sus esfuerzos para descubrir el equipo clandestino que sostiene las actividades del Frente, pierden su tiempo. Los "corresponsales" en el Vietnam del Norte son guerrilleros del Sur designados por su origen y su pasado.

Uno de los hombres claves en esta labor es un abogado de 45 años, **Tran Buu Kiem**, que está en las guerrillas desde antes de 1954. Fue el animador de las organizaciones de las juventudes patriotas.

Todos estos hombres saben que las condiciones que existan cuando el FLN tome algún día el poder en Saigón, no se comparan con las que se benefició el Vietminh en 1954. Vencedores de una guerra anticolonialista, aureolados por el prestigio de Dien Bien Phu, los hombres de Ho Chi Minh entraron entonces a Hanoi como triunfadores para ocupar el terreno, sin rivales. Junto con el Cuerpo Expedicionario Francés habían partido también todo el Estado laodista y todos los elementos políticos y confesionales que hubieran podido crear dificultades.

La situación en el Sur es diferente. Hay en Saigón una autoridad que reconocen muchos estados y que, además, cuenta con un ejército; existen muchas organizaciones confesionales influyentes cuya posición anticomunista es su denominador común; está un conglomerado numeroso constituido por políticos y religiosos refugiados del Norte que prefieren luchar hasta la muerte antes que conceder cualquier cosa al Vietcong, y, por último, están los norteamericanos.

Los dirigentes del FLN no desestiman ninguno de estos factores. Han procedido desde hace largo tiempo a hacer un análisis correcto de las condiciones objetivas que prevalecen en el Sur y han sacado como conclusión que sus ambiciones deben ser limitadas y su programa adaptado.

A este respecto, el secretario general del FLN, **Huyenh Than Phat**, explicaba a un corresponsal occidental: "Es necesario que usted nos vea tal cual somos: no como doctrinarios que combaten para imponer una ideología, sino como patriotas que quieren hacer la unión contra los imperialistas norteamericanos. Continuaremos la lucha todo el tiempo que sea necesario, no para instaurar el comunismo, sino para edificar un régimen conforme a las aspiraciones de la mayoría de nuestros compatriotas, es decir, un régimen

neutral y democrático. Nuestra primera tarea será reconstruir la economía de Vietnam del Sur. Para ello tendremos necesidad de nuestra burguesía nacional y de los capitales nacionales. Un régimen de estricta neutralidad les dará seguridades. Pero también tendremos necesidad de la ayuda económica y de las inversiones extranjeras.

La ayuda de los países socialistas ya nos ha sido prometida, pero la de los países occidentales, especialmente en lo que se refiere a inversiones, sólo la obtendremos gracias a una política de neutralidad. Conocemos a los capitalistas. Ellos querrán garantías. Nosotros somos realistas, y hasta la ayuda norteamericana será bienvenida si ella se decide a respetar nuestra independencia.

Tendremos también necesidad del concurso de todos los vietnamitas de buena voluntad, de millares de intelectuales y técnicos, que tienen verdadera necesidad de libertad. Es por eso que hablamos de democracia y no para engañar a la gente. Somos sinceros.

Hemos reflexionado en todos los problemas que se nos plantearán después de la victoria. La unificación de las fuerzas armadas, la administración, la coexistencia de los cuadros civiles y militares de orígenes diversos, formados unos por los franceses, otros por los americanos, otros por la guerrilla, va a plantearnos problemas delicados. Sólo la neutralidad política puede ayudarnos a resolver estos problemas.

Es cierto que muchos de entre nosotros en el Frente tenemos preferencias ideológicas. Pero por todo el tiempo que estas condiciones objetivas particulares, que acabo de enumerar, existan en el Vietnam del Sur, estaremos obligados a observar la neutralidad. ¿Cuánto tiempo durará esto? ¿Diez, quince años? Más, tal vez. Somos partidarios de la idea de un bloque neutral con Laos y Cambodia.

Hagan lo que hagan los imperialistas, terminarán por perder esta partida. Lo que nos interesa ahora no es saber si podemos lograr la victoria, sino qué haremos después de la victoria.

En cuanto a nuestras relaciones futuras con el Norte, no plantearemos de inmediato el problema de la reunificación. Incluso se puede prever que el régimen económico y político que instauraremos en el Vietnam del Sur, a medida que se consolide será diferente del Norte. Eso retardará la reunificación. Pero es mejor esperar que existan condiciones más favorables. Para comenzar, estableceremos, por etapas, intercambios económicos y culturales. Llegado el momento, la negociación para la reunificación se hará sobre bases que excluyan la anexión de una zona por otra.

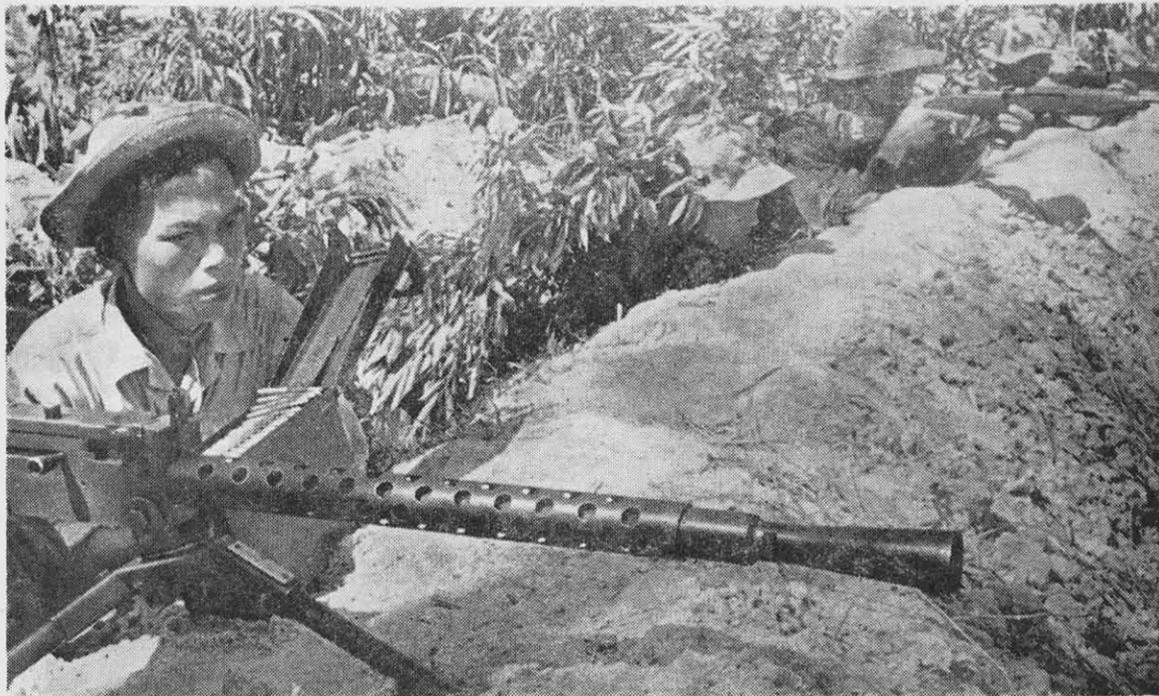
Frente al problema de la paz, nosotros no hemos rechazado una negociación a través de una conferencia internacional. A lo que hemos dicho "no", ha sido a una conferencia que se reúna sin nosotros. Pero si las potencias interesadas se limitan a patrocinar un encuentro entre todos los partidos vietnameses, dejándolos arreglar libremente sus problemas, no pondríamos ninguna objeción. Por el contrario...".

Itinerario de una victoria

ARRIBA, en el cielo, doce aviones norteamericanos de observación sobrevuelan la cadena montañosa por la que se despliega entre la jungla y las cimas compactas de peñascos negros, la "carretera de Ho Chi Minh". Al abrigo de las fotografías aéreas, una concentración insólita se está concretando: doce mil "dang cong" y tres mil soldados vietcongs que se aprestan para volver a la lucha en la zona de Saigón. Los "dang cong" son los trabajadores voluntarios que se alistan por cuatro meses. Llevan el abastecimiento de las tropas, aseguran la construcción y

batiendo junto con las tropas montañesas y conoce la cordillera central del Vietnam como la palma de su mano. Frente a un mapa explica:

"Comaradas oficiales, estáis a punto de iniciar una larga marcha. Los camiones se han vuelto demasiado vulnerables a la aviación, por eso hay que llegar a pie a la zona de Saigón. El equipo de los soldados está reducido al minimum: una capa de nylon; una bolsa con tres kilos de alimentos concentrados, a base de soja y azúcar; un fusil, dos



¡Y AHORA... que venga el enemigo!

la reparación de los caminos y evacúan los heridos y los muertos. Son campesinos robustos, entrenados para llevar entre dos, ochenta kilos suspendidos de una caña de bambú. Los tres mil soldados son sudvietnamitas que, después de una campaña ardua en pleno corazón enemigo, se han reorganizado y, descansados, se preparan para volver nuevamente al frente.

A dos kilómetros de allí, al pie de una cascada, se abre una caverna cuya entrada está protegida por cerrado camuflaje de acero y ramas de espino. En el interior, alumbrados por lámparas de acetileno, una treintena de oficiales escucha al coronel Chung, jefe de Estado Mayor. El es el responsable de la carretera de Ho Chi Minh, y su campo de actividad se extiende desde la frontera del Vietnam del Norte hasta la frontera de Camboya. Tiene organizados veinticuatro puestos de relevos en unos cincuenta kilómetros, por entre los cuales van y vienen miles de cargadores. El coronel lleva diecisiete años com-

granadas y cuarenta cartuchos o una metralleta con tres cargadores.

El Estado Mayor de la división ha cuidado de descargaros de toda preocupación logística. Encontraréis en todas partes pequeños depósitos intermediarios bien aprovisionados. Las columnas de "dang cong" os asegurarán hasta la zona de combate la entrega de armas pesadas, explosivos y municiones. El itinerario cubre más de mil kilómetros, divididos en tres etapas.

La más difícil de ellas es la que comienza en la cadena montañosa del Diente del Tigre. Allí hay dos obstáculos difíciles: la garganta de Sangsues y la de Ai Lao, y luego la bajada por el desfiladero de Tchepone. Hasta llegar a Attopeu, no hay que dejar por ningún motivo el río Sekhong. Quince kilómetros al este comienza el tramo más peligroso. Allí el regimiento deberá dividirse en grupos de diez hombres hasta llegar al país Stieng. Los montañeses son nuestros aliados. Respetad sus costumbres y cuidado de vuestras palabras;

son muy susceptibles. En esta región fijaos mucho en las cruces que hay a la orilla de los senderos. Indican la proximidad de trampas mortales tendidas en la maleza por los montañeses.

La última parte de vuestro recorrido será dura. Los helicópteros y los aviones de reconocimiento del enemigo están al acecho. Hay que aplicar estrictamente las consignas de seguridad. Prohibición de hacer fuego. Evitar todo contacto con la división aeromóvil de los intervencionistas, instalada en Ang Khe. Hasta la frontera cambodiana un silencio radial absoluto. Buena suerte a todos y, ahora, tiene la palabra el camarada técnico".

Un hombre pequeño, delgado como una caña, con el rostro cruzado por una cicatriz debida a una esquirra de obús, toma el sitio del coronel. Es Nguyen Phuoc, doctor en ciencias, comisario de armamentos antiaéreos, antiguo oficial de tiro de la división 351 en Dien Bien Phu. Habla lentamente:

"Entre vosotros, algunos veteranos habrán notado que se ha producido un cambio en nuestra táctica de progresión. Hemos abandonado las pistas abiertas para marchar por el fondo de los valles y a lo largo de los ríos. Es porque los intervencionistas americanos tienen ahora un nuevo sistema de detección. Sus aviones de reconocimiento están equipados con un "ojo infrarrojo". Cada vez que un objeto caliente, hombre o animal, emisor de infrarrojo, atraviesa el campo de este "ojo", es registrado en una pantalla de televisión. El metal, que es un objeto neutro, refleja también el infrarrojo y es detectado. Eso permite ubicar las armas.

Desde que un punto caliente es calzado en la mira de la pantalla, una máquina electrónica calcula instantáneamente su posición en el terreno y transmite automáticamente por radio las coordenadas de tiro a la artillería o a las escuadrillas de caza-bombarderos. Con este sistema muy preciso, toda fuente de calor terrestre se convierte en una trampa.

Sabemos que el agua es un cuerpo oscuro para el infrarrojo. Absorbe el calor, pero no lo restituye. Cuando un avión de reconocimiento efectúa una operación nocturna, vuela lentamente.

El ruido de sus motores se oye de lejos. Bastará solamente sumergirse en el agua para escapar a sus radares y a sus cámaras infrarrojas. Es esta la razón por la que vuestro itinerario sigue el fondo de los valles, donde corren numerosos ríos.

Debéis desconfiar también de los túneles o los subterráneos. El aire caliente que allí circula hace destacar como manchas claras, sobre la pantalla infrarroja, la salida y la entrada de cada galería.

Para evitar que os ubiquen, cavad muchos túneles, pero en vez de soldados hacéd entrar a su interior, búfalos. Cinco búfalos representan la intensidad de calor de cincuenta hombres. Un rebaño de cuarenta y algunas diez fogatas que atraigan las bombas, pueden salvar a todo un regimiento.

Debo agregarles que los imperialistas norteamericanos disponen de films ultrasensibles, capaces de diferenciar las hojas muertas de las hojas vivas. Hacéd que vuestros hombres renueven a menudo su camuflaje. Terminado".

Semanas más tarde el regimiento llega por fin a su zona de combate. En el trayecto ha perdido 52 hombres: once muertos y veintitrés heridos en un bombardeo y dieciocho enfermos de disentería. La unidad reagrupada, aprovisionada con armas pesadas, está lista para entrar en acción.

El cable contará después cómo la mayor plantación de Vietnam del Sur, defendida por dos batallones del gobierno de Saigón y reforzada por un batallón norteamericano, ha sido cercada, dislocada y aniquilada. En el sangriento combate cuerpo a cuerpo no pudo intervenir la aviación. Cuando llegaron los refuerzos desde Saigón y de dos bases norteamericanas, sólo encontraron más de ochocientos cadáveres en el lugar. El regimiento patriota desapareció, tragado por la jungla.

Cómo aprendí a ser héroe en el Vietnam

Donald Duncan

UN OFICIAL norteamericano, Donald Duncan, con seis años en las Fuerzas Especiales y después de dieciocho meses de campaña en Vietnam, escribió este testimonio en la revista norteamericana "Ramparts". Los recuerdos de Duncan (Medalla de Plata Sudvietnamita, Medalla de la Infantería, Estrella de Bronce, Medalla Militar de la Aviación norteamericana) no constituyen un reportaje. Son más bien un recuerdo sobre la guerra del Vietnam y sobre los "secretos" de la democracia norteamericana.

"Fui asignado en primer lugar a Saigón, donde serví como especialista de las zonas tácticas III y IV, en el centro de las operaciones tácticas de las Fuerzas Especiales. Ahí empezó mi educación. Los oficiales, unánimemente, despreciaban a los vietnamitas.

Los oficiales de Saigón, el gobierno de Saigón, el ejército gubernamental vietnamita, las Fuerzas Especiales vietnamitas y el vietnamita de la calle eran sistemáticamente denigrados. Los miembros del gobierno estaban podridos, los oficiales corrompidos, los militares eran unos cobardes, las Fuerzas Especiales eran las tres cosas a la vez y el hombre de la calle un ratero analfabeto".

VIETNAMITAS ANTICOMUNISTAS

"Me preguntaba por qué, si la gente que estaba de "nuestro lado" era tan deplorable, los apoyábamos y gastábamos un millón y medio de dólares por día en su país. La respuesta siempre era la misma: "Son anticomunistas", y todo parecía quedar explicado.

Y así adquirí la costumbre —la pereza mental ayuda— de juzgar los problemas del Vietnam según lo que decían otros norteamericanos con ideas preconcebidas y no de acuerdo con lo que veía y oía. Cuando alguien comprueba un fenómeno de difícil explicación, existe siempre un amigo del país para interpretarlo, y esa interpretación nunca es favorable a los vietnamitas. Esto se debe en parte a la clase de vietnamitas que los norteamericanos típicos conocen y en parte a los prejuicios de esos mismos norteamericanos. Durante su servicio, un soldado norteamericano está en contacto principalmente con los militares vietnamitas. Muchos (o la mayoría) de los oficiales superiores lograron su posición gracias a la influencia de sus familias, en reconocimiento por una ayuda política o por sus fortunas. La mayor parte de los gobernantes llegaron por los mismos medios. Conocen su trabajo, en primer lugar, como una posibilidad de aumentar sus fortunas personales. Las relaciones sociales entre el G. I. medio y su interlocutor vietnamita son, pues, más que difíciles.

El trato entre norteamericano y civiles vietnamitas se restringe casi exclusivamente a los taximetristas, a los obreros, a las secretarías, a los empresarios y a las muchachas de los cafés. Todas esas personas tienen algo en común: dependen financieramente de los norteamericanos. Las tres últimas categorías tienen algo más en común: hablan mal que bien el inglés, y dicen a los norteamericanos lo que éstos desean oír en tanto corra el dinero”.

LA SEGREGACION

“Muchos de nuestros militares, oficiales y soldados rasos, que llevaron consigo sus prejuicios raciales, apodan a los vietnamitas **chinetos** y **nha-ques**. Otro ejemplo elocuente de la democracia norteamericana en acción es dado por la segregación establecida en los cafés. Con contadas excepciones, en Saigón, en Nha Trang, en Da-Nang y en algunas ciudades importantes, los negros no pueden entrar en bar reservado para los blancos sin arriesgarse a que los expulsen. Presencé más de un incidente de este tipo, cuando un negro recién llegado comete la “falta” de penetrar en el bar que no le corresponde. Si los silbidos injuriosos no son suficientes para hacerlo salir, es expulsado **manu militari**.

No hay lugar a dudas de que ofendemos también a los vietnamitas. Cometemos los mismos errores que los franceses, pero en algunos casos nuestros errores son peores. Arrogancia, falta de respeto, grosería, prejuicios, ignorancia crasa, no sirven para ganar amigos. Sentimientos semejantes provocan o la cortésia glacial o el odio manifiesto. Es, pues, lógico que cuando un vietnamita, que trabaja para o con los norteamericanos, se demuestra sincero, cooperador, eficaz, concienzudo, honesto, automáticamente cae bajo la sospecha de pertenecer al Vietcong.

Después de mi traslado a Saigón, donde permanecí dos meses y medio, me ofrecí como voluntario para un nuevo programa llamado “Proyecto Delta”. Se trataba de entrenar a hombres especialmente elegidos entre

las Fuerzas Especiales y organizarlos en pequeños comandos de infiltración en Laos. El fin esencial era reconocer la Ho Chi Minh, reunir informaciones sobre las tropas y el material que la recorren. En un principio sólo se trataba de una misión de información, pero podía convertirse más tarde en operaciones de guerrillas. Sería el momento entonces de infiltrarse en Vietnam del Norte, pero esto no concernía al “Proyecto Delta”. Correspondía al Grupo de Operaciones Especiales ocuparse. El Grupo contaba con la participación de la CIA, de la aviación, de la marina, del ejército de tierra y de otros elementos pertenecientes a las Fuerzas Especiales”.

DESPUES DE LAS ELECCIONES

“Al principio, se había convenido que los comandos estarían compuestos por cuatro vietnamitas y dos norteamericanos. Aunque la mayoría de los participantes vietnamitas



OTRO AVION norteamericano abatido. En este año ya van más de 1.500.

tuviesen un conocimiento perfecto del terreno sobre el cual actuarían, no se disponía de individuos con sentido del mando. Aquellos que se ocupaban del entrenamiento de esos comandos hicieron notar en varias ocasiones al Pentágono y a la embajada, que el éxito dependía de la participación activa de elementos norteamericanos en las operaciones.

Cuando, a último momento, recibimos la orden de no integrar los comandos, pedimos explicaciones. A título de respuesta, se nos hizo saber que estábamos en un año de elecciones y que sería comprometedor que fuesen capturados norteamericanos en Laos. Cualquier operación de esa clase tendría que postergarse hasta después de las elecciones. Esta decisión sólo provocó, entre los norteamericanos

canos mezclados en el proyecto, ira, decepción y disgusto. Por su parte, los vietnamitas se consideraron engañados. Las reclamaciones insignificantes se multiplicaron: no partimos si no nos dan abrigo de lana, mejores relojes, etc. Creían estar frente a un nuevo ejemplo de los métodos norteamericanos: quedarse atrás para indicar a los vietnamitas la mejor manera de hacerse matar sin arriesgar nada de sí mismos”.

LA IMPLANTACION DEL VIETCONG

“Una de las primeras reglas de la guerra “no convencional”, es que ningún movimiento rebelde o de guerrilla puede subsistir sin el apoyo del pueblo. Cuando trabajaba como especialista de las zonas estratégicas III y IV, me di cuenta de que el Vietcong en cada provincia había comenzado su acción a partir de pequeñas unidades. Y contaba ya entonces con un batallón o un regimiento. Antes de que me fuera del Vietnam, el Vietcong podía disponer de una división en casi todas las provincias. Un acrecentamiento tal de los efectivos no sólo es imposible sin el apoyo popular, exige una adhesión excepcional de la población.

Sin embargo, nos decían —el gobierno de Saigón y el de Washington— que la gran mayoría del pueblo sudvietnamita era contraria al Vietcong. Cuando ponía en duda esta afirmación me respondían que el pueblo sólo ayudaba al Vietcong porque estaba bajo el terror. Supongamos que sea cierto, que el Vietcong domine al pueblo por el temor al asesinato y la tortura. Pero este argumento contradice la doctrina oficial... Vietnam del Sur es un país relativamente pequeño, lleno de pequeñas aldeas. En cada región las compañías o batallones del Vietcong pueden accionar prácticamente bajo las narices de las tropas gubernamentales; pero el pueblo no traiciona al Vietcong, aunque sea relativamente fácil. En cambio, cualquier movimiento de las tropas gubernamentales es conocido. En una operación contra el Vietcong, el único medio para lograr un efecto sorpresivo favorable a las tropas gubernamentales, es utilizar helicópteros. Y ni siquiera así es seguro. Cuando dirigía el gobierno de Saigón, el general Nguyen Khan, sabiendo perfectamente que los agentes del Vietcong se habían infiltrado en todas partes, incluso hasta en las reuniones más secretas, declaraba: “Cualquier operación en la cual transcurran más de cuatro horas entre la concepción y la realización, está condenada al fracaso”.

Pero volvamos a la teoría del terror. Los jefes de provincia, de distrito, de aldea y de caseríos son nombrados; no se les elige. A menudo los oficiales subalternos ni siquiera son originarios de la región en la cual ejercen sus actividades, sino “trasplantados” desde el exterior en reconocimiento por servicios políticos. Y aquellos que son originarios de la región, son considerados colaboracionistas, porque cooperan con Saigón contra los suyos. Los guerrilleros y los partidarios que asesinaron a los colaboracionistas durante la segunda guerra mundial, aparecen como hé-

ros en las películas norteamericanas. Aquellos que miran con horror al Vietcong asesinar a personas de esa clase y utilizan ese argumento para justificar la guerra, parecen olvidar que actos semejantes son considerados como demostración de una excelente estrategia cuando se invierten los papeles.

Recuerdo dos casos en los cuales me fue sugerido, por oficiales de las fuerzas especiales, matar a los prisioneros. La primera vez habíamos hecho prisioneros en el valle de An-Khe. No deseábamos capturarlos, pero literalmente se nos arrojaron en los brazos. Teníamos que permanecer cuatro días en la región; nosotros sólo éramos ocho, ellos cuatro, y no sabíamos qué hacer. No podíamos llevarlos con nosotros. La comida era poca, y, según lo que nos había hecho saber la base, teníamos que desembarazarnos de ellos. No quise hacerlo, y, cuando volví de la operación, un mayor me dijo: “**¡Pero les dimos a entender lo que había que hacer!**”. Le contesté que me alegraba de la falta de precisión, porque me hubiera sido desagradable tener que negarme... Y el mayor me respondió entonces: “**¡Oh! No era necesario que lo hiciese personalmente; sólo tenía que encargárselo a los vietnamitas**”.

UN PEQUEÑO PROBLEMA

“Todo era mentira. No luchábamos por la libertad en Vietnam del Sur. No existía libertad a preservar. Levantar la voz contra el gobierno significaba la prisión o la muerte. El neutralismo estaba prohibido y castigado. Los diarios que no decían la verdad establecida, eran cerrados... No éramos los soldados de la libertad. No es la democracia lo que llevamos al Vietnam; es el anticomunismo. Es lo único que dejamos al pueblo de las aldeas. Por eso la mayor parte de los vietnamitas se unen al Vietcong. Recuerdan que cuando luchaban contra los franceses para obtener su independencia, los norteamericanos ayudaron a los franceses y no a ellos. Son las bombas anticomunistas y norteamericanas las que matan a sus hijos. Es el anticomunismo norteamericano el que ha apoyado, uno tras otro, a todos los dictadores de Saigón. Cuando el napalm anticomunista quema a los niños, poco les importa que un médico de las fuerzas especiales aparezca más tarde a aplicar compresas.

Un día, pregunté a un piloto de helicóptero qué opinaba de su última incursión aérea. Me respondió: “**Creo que hicimos muchos viets hoy**”. En el mes de julio próximopasado cuando McNamara me interrogó sobre la eficacia de los bombardeos en la zona D, le respondi: “**Es un método muy oneroso. Sólo es eficaz en las regiones habitadas, salvo que se arrojen las bombas sobre un foco de resistencia**”. No pareció sorprendido. En realidad, su único comentario, después de las informaciones que le di sobre mi experiencia como comando en la zona D, fue para el general Westmorelandi, hacia quien se volvió: “**Pienso que aún existe un pequeño problema de reacción en la población**”. El embajador Taylor nada dijo”.